

PRÓLOGO

El concepto del tiempo ha sido sin duda, en todo momento y lugar, uno de los grandes asuntos para la humanidad. Y es que, como señaló San Agustín en sus *Confesiones XI*, “¿Qué es, pues, el tiempo? Sé muy bien lo que es, si no se me pregunta. Pero cuando quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé”. De hecho, un gran debate se genera cuando se trata de definir el tiempo y el espacio.

Al tratar de explicar el tiempo surgen tantas nuevas interrogantes como respuestas iniciales se plantean en la reflexión. Y es que, al tiempo, se le ha dado sentido desde la perspectiva de diversas disciplinas, en las diferentes culturas y en los distintos momentos de la historia de la humanidad. Así tenemos que, por sólo mencionar algunas ha sido concebido como un fenómeno físico, de carácter cíclico o lineal, independiente de la mente humana o una simple ilusión, al tiempo que también se habla de la eternidad y el infinito.

Esto contrasta con un hecho práctico e incontrovertible. Independientemente de las acepciones que se le den al tiempo, no cabe duda que todos experimentamos en cuerpo y mente sus efectos, su paso deja huella, su dictado nos rige a todos y en muchas áreas.

Medir el tiempo ha sido también un motivo importante de reflexión; se han creado múltiples formas para ello: la observación de los astros, los cambios biológicos, los fenómenos de la naturaleza, los cuadrantes solares, los relojes o los calendarios.

Aún cuando todo lo que se desarrolla está sujeto al tiempo, existe una variedad de percepciones subjetivas sobre el mismo. Un segundo, un minuto o un año se perciben de diferente manera dependiendo de la situación, del momento y de sus consecuencias.

Frente a la intangibilidad del tiempo, la mejor manera de percartarnos de él es por la ocurrencia de fenómenos o por los indicios

que origina. En la cultura el tiempo deja huella y muchas han sido las formas de representarlo a través de distintas expresiones: en el arte, la poesía, en la ciencia, e incluso en la fotografía en la que se “congela” el tiempo.

Algo semejante pasa con el caso del espacio. Los límites administrativos no toman, necesariamente en cuenta a la cultura o a la historia. Las distribuciones estatales o municipales con frecuencia dejan fuera de su jurisdicción el origen o la solución de los problemas. Pero lo más complejo viene cuando hablamos de la interacción tiempo y espacio. En este caso la complejidad aumenta varios órdenes de magnitud.

X

Ante tal diversidad de conceptualizaciones, interpretaciones y manifestaciones, los autores presentan en el diccionario *Tiempo Espacio*, una gama, muy interesante, de 51 temas que nos sitúan en distintos campos y disciplinas, tales como la poesía, la arqueología, la ciencia, la arquitectura, el periodismo, la historia, las ciencias ambientales, las ciencias sociales, el psicoanálisis, las matemáticas, la química, el teatro o la ficción, por sólo mencionar algunas.

Este esfuerzo representa sin duda un logro muy importante por su originalidad y oportunidad, además de su utilidad. Sin duda representará un parteaguas no sólo para los estudiosos del tema sino también para los que nos preguntamos y reflexionamos acerca de estas dos variables que configuran y condicionan nuestra vida.

Octubre, 2008

Dr. José Narro Robles
Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México